

{Este periódico sale los lunes, miércoles y viernes de cada semana.}

{Se suscribe en Madrid en la librería de Paz, frente á las gradas de S. Felipe, á 36 rs. por trimestre.}

MIÉRCOLES 22 Marzo 1820.

(N.º 62.)

Su precio 8 c.tos

MISCELANEA

DE COMERCIO, ARTES Y LITERATURA.

Los Señores, cuya suscripción concluye en 31 de Marzo, se servirán renovar sus suscripciones, si no quieren experimentar retraso en la remisión de los números.

El señor conde del Abisval nos ha dirigido la carta siguiente:—

Señores redactores de la miscelanea de comercio, artes y literatura: Muy señores míos: La imparcialidad, el amor al orden, y el desvelo por conseguirlo sin las borrascas que siempre acompañan á los grandes movimientos de las naciones, son la divisa que ustedes se han propuesto, según he visto con la mayor satisfacción en los últimos números de su periódico. A él acudo en nombre de todo el ejército que tengo el honor de mandar, y confío que no será engañada la esperanza de que se servirán ustedes publicar un manifiesto de las razones que tengo para creer que he obrado como buen patriota, y que con mañosa doblez se me ataca, para hacer creer á los pueblos que mis intenciones han sido siniestras.

Ustedes no distaban mucho de Ocaña cuando el 4 de Marzo puse yo á la cabeza de un solo heroico batallón, hice resonar las gloriosas aclamaciones de viva el Rey, viva la Constitución: mi marcha sobre Santa Cruz de Mudela para reunir á mayores fuerzas, y proporcionar á los pueblos la libertad de manifestar abiertamente su opinion, ha dado á los ejércitos mas disciplinados un singular ejemplo de moderacion, y á la corte misma una idea de que no son ni la ambicion ni el deseo del desorden los objetos que se proponia mi pequeño ejército. Una corta parte de las tropas que estaban acantonadas en Santa Cruz de Mudela, desconociendo los verdaderos intereses de su patria, se apostó en los desfiladeros de Despeñaperros; si no hubieran sido españoles, no hubieran dormido en ellos una noche, pero mis tropas y yo estábamos animados de sentimientos muy diferentes que la guarnicion de Cádiz: híciles pues ver, valiéndome de los mas prudentes arbitrios, que su existencia en tales puntos era incompatible con la posicion militar y seguridad de mis tropas, y que sentiria verme precisado á envolverlos y tratarlos como rebeldes á la causa de la patria: se alejaron en efecto, y la paz, compañera inseparable de la justicia, reinó en estos distritos, gracias á la rectitud de mis intenciones, y á la obediencia con que las tropas de mi mando las pusieron en práctica.

Sin embargo debo, aunque con sentimiento, anunciar que hay autoridad que no con-

cede á mi conducta el mérito que le es debido. Ustedes y el público conocerán esta verdad por la relacion de los hechos, y omitiré reflexiones, cuyo objeto podria atribuirse al deseo de advertir á los pueblos que amenaza una reaccion. Desechemos hasta la sombra de semejante idea, que tantos horrores presentaria á nuestra imaginacion, y atribuyamos la conducta del Excmo. señor capitán general de este reyno á falta de política y escasos conocimientos sobre lo que en la presente época debe hacerse, para que el fin de la gloriosa empresa que se ha propuesto la nacion corresponda al noble carácter de la misma.

Ninguna noticia se ha dado aún á las tropas de mi mando de que S. M. ha jurado la Constitución. Estrajudicialmente se supo, y públicos regocijos manifestaron en estos pueblos y en este ejército el gozo con que se recibió tan agradable noticia. Algunos dias despues llegó á mis manos una proclama que dicho Excmo. señor dirigia á estas tropas, concebida en los siguientes términos:

“El capitán general de Castilla la Nueva al regimiento imperial Alejandro, y demas tropa unida á sus banderas:—Soldados: Tres dias hace que vuestros compañeros de armas juraron delante de sus banderas la Constitución política de la monarquía sancionada en Cádiz por las Cortes generales y extraordinarias en 19 de Marzo de 1812: tres dias hace que desaparecieron para siempre los partidos, y ya ni las pasiones, ni la rivalidad, ni cualquiera otro interés podrá contrariar la opinion general. ¿Qué puede separarnos? No ha lugar al error, ni las facciones ó partidos dejarán de considerarse como un crimen de lesa nacion: S. M. el Rey, que en beneficio de sus pueblos, ha jurado mantenerle sus derechos, os recuerda vuestras obligaciones como ciudadanos, y por real orden del dia de ayer se ha servido decretar que haga saber á los oficiales y tropas que existen en esta provincia de Castilla la Nueva que por cualquier título hayan desconocido mi autoridad, que no existiendo mas que un solo ejército español, y no habiendo ya en la nacion division alguna por razon de opiniones, deben todos reunirse á sus banderas, en el concepto de que S. M. olvida todo lo pasado, siempre que así se verifique, pero de lo contrario recaerá sobre vosotros la odio-

sidad de la nacion, y sereis responsables á la misma de la sangre que se derrame por dicha causa, pues que no debe haber mas que un mismo interés en todos los militares del ejército español, que es el bien general, y el engrandecimiento de su patria. — Soldados, el amor á la patria, y el ser justos y benéficos son obligaciones sagradas, que nos recuerda la constitucion: acabóse el motivo que os separó algunos dias de vuestros compañeros: unámonos todos, y seremos indudablemente felices. Viva el Rey, viva la constitucion, ha sido la voz unisona de vuestros hermanos repetida entre sus filas, y la paz y la tranquilidad pública serán el fruto de vuestra honradez. Madrid 12 de Marzo de 1820. Gaspar Vigodet."

Los individuos de este ejército no tardaron en presentarme voluntariamente cuantas proclamas habian llegado á sus manos, manifestándome su estrañeza de que se les ofreciese *olvidar* una accion de que se vanagloriarán mientras duren sus vidas; y yo convencido de su razon y de que el indiscreto paso de S. E. acerca del modo de esparcir tales proclamas podria agriar los ánimos en términos desagradables, diriji por extraordinario al Excmo. señor ministro de la Guerra el siguiente escrito.

"Excmo. señor: — Ha llegado á mis manos una proclama impresa del Excmo. señor capitán general de Castilla la Nueva, dirigida al regimiento imperial Alejandro y demas tropa unida á sus banderas, de la cual devuelvo un egemplar; al verla no he podido menos de estrañar que S. E. se haya tomado por medio para hacer saber su contenido á los soldados, adoptando el sistema tortuoso de repartirla á los pueblos de la Mancha: mas fácil hubiera sido á mi parecer dirigirla al gefe de aquellos, como presumo que se habrá dirigido otra á los de las tropas de otras provincias, que como ésta pronunciaron sus deseos de que el Rey jurase la constitucion. No presumo que esta diferencia provenga de que se me juzgue con intenciones menos rectas y patrióticas que las manifestadas por el total de la nacion: los comisionados del gobierno alrededor de mis tropas, y los partes que los mismos han dado á consecuencia de lo que les han dicho los habitantes de los pueblos por donde transitó, prueban hasta la evidencia la pura nobleza de mis intenciones, y que éstas en nada difieren de las que la nacion entera ha manifestado. Sin embargo S. E. no se dirige á mí ni para anunciarme que el Rey ha complacido sus pueblos jurando la constitucion, ni para proclamar á la tropa de mi mando. Semejante sistema me convence de que S. E. se propone desuuir mi tropa, sembrando en ella la indisciplina con la diversidad de opiniones, mayormente cuando en dicha proclama se habla de un *olvido general*, que puede considerarse como indulto. Pero ¿seria posible que aún se tuviese por accion que mereciese olvido aquella que tan generosamente procuró el bien de la nacion, y que segun el Rey mismo dice en su manifesto del 10 á los españoles, es de una

imperiosa necesidad como resultado de la actual civilizacion? ó lo solicitado por el ejército no es justo, útil ni necesario, ó lo es: en el primer caso toda la nacion hubiera faltado; en el 2.º ¿por qué se ha de ofrecer olvidarlo? Yo opino que mas bien merece un eterno recuerdo en digna recompensa por el mérito que adquirió, contribuyendo á desengañar á S. M. verificándolo de un modo que acredita una disciplina, una moderacion y un amor á la patria, que solo distinguen á los ejércitos que se proponen empresas justas y razonables. Ninguna vejacion se ha causado á los pueblos; ningun desorden se ha cometido en las marchas; de los caudales públicos se han tomado los necesarios á satisfacer los haberes de las tropas, que los admitirán en cuenta de los que les corresponden, y para algunos gastos extraordinarios, que deseando no ser gravosos al pueblo, han sido pagados en metálico. De todo se ha llevado y se dará cuenta formal. Sentado el principio de que las tropas de mi mando se propusieron el mismo objeto que toda la nacion, y que para manifestarlo no han cometido desórdenes de ninguna clase, entiendo que no deben ser consideradas de un modo diferente al que merecen las de otras provincias: por tanto, puedo con razon tener por inoportuna y sospechosa la proclama del Excmo. señor capitán general de Castilla la Nueva, y espero que V. E. conociendo mejor lo que en las actuales circunstancias debe hacerse para evitar mayores disturbios, se servirá comunicarme las órdenes que el gobierno tenga por conveniente darme. Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Valdepeñas á 15 de Marzo de 1820. — Excmo. señor. — El conde del Abisval. — Excmo. señor secretario de estado y del despacho universal de la Guerra.

El público que juzga siempre con desinterés formará de uno y otro escrito la opinion que se merecen, ella será el premio de mi adhesion á la causa que defendiendo, y el castigo de un paso imprudente que dado por otra persona, haria tener por sospechoso y temible el proceder del Excmo. señor D. Gaspar Vigodet.

Soy de ustedes atento y seguro servidor Q. S. M. B. Cuartel general de Valdepeñas 15 de Marzo de 1820. — El conde del Abisval.

P. S. Acaban de dirigirme algunos ayuntamientos copia legalizada del oficio que por medio del gobernador de Ocaña les ha dirigido el Excmo. señor capitán general de Castilla la Nueva, incluyéndoles las proclamas para el regimiento imperial Alejandro, y encargándoles muy particularmente que se esparzan por todos los pueblos de la Mancha, introduciéndolas hasta en los en que se halla dicho cuerpo; y como en este oficio tacha S. E. de *extravio* la heroica accion con que el espresado regimiento manifestó su amor á la libertad de la patria que le dió el ser, lo còpio á continuacion para que el público forme una idea del patriotismo de dicho señor Excmo.

"Remito á V. S. los adjuntos egemplares de la proclama que he dispuesto á los soldados y gefes del regimiento infanteria, imperial

Alejandro, á fin de que en el momento que V. S. la reciba disponga que por vereda se comunique á todos pueblos de la Mancha, encargando muy particularmente se introduzcan hasta en los que se halle aquel cuerpo, y si fuere posible hasta Sierra-morena, pues si han tenido momentos de extravío, jurada ya por el Rey y el ejército la constitucion de la monarquía, todos deben unirse para cumplir y observar cuanto aquella previene. Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 13 de Marzo de 1820. = Gaspar Vigoder. = Señor gobernador de Ocaña.

Un gran número de cartas de Cádiz refiere circunstanciadamente los deplorables sucesos últimos de aquella ciudad. De muchas de estas cartas y de otras varias relaciones que hemos cotejado, y de cuya autenticidad estamos perfectamente seguros, resulta lo siguiente: El 9 á las nueve de la mañana salió del puerto de Sta. María el general Freire con sus ayudantes y el intendente de su ejército para la plaza de Cádiz, donde enterado de la exaltacion con que muchos oficiales del ejército y armada y un gran número de vecinos solicitaban y promovian la jura de la Constitucion, y considerando que era inútil resistir á un deseo que se pronunciaba tan enérgicamente, dispuso acceder á él, y anunciando que el día 10 se haria la ceremonia de la jura, se colocó en la tarde del 9 una lápida provisional en la plaza, y hubo á la noche iluminacion general, autorizando todos estos actos el general en jefe y el capitán general de la armada D. Juan María Villavicencio. En seguida dió el general en jefe los correspondientes avisos al ejército, mandó cesar las hostilidades, y comunico estas ocurrencias al coronel Quiroga, previniéndole enviase oficiales de su confianza á Cádiz para concertar lo conveniente, como lo hizo aquel comandante enviando á su jefe de Estado mayor D. Felipe de Arco Agüero y varios oficiales de artillería.

Entretanto el batallón de guías compuesto de unos 400 hombres pasados de la Isla se confabuló con el de la Lealtad, parte del de América y algunos milicianos, y formaron el infuero plan de turbar el júbilo comun; con lo que á las diez y media de la mañana del 10, cuando estaban hechos todos los preparativos de la jura, desembocó el batallón de la Lealtad por la calle Ancha, echando algunas partidas por las de Murguía y Jardínillo, y esto cuando ya habian llegado los guías, que pasando por la calle del Veedor, y sus guerrillas por las del Fideo y Oleo, entraron en la plaza de S. Antonio, y á los gritos de *viva el Rey* rompieron un fuego horrible contra los vecinos, que viéndose asaltados tan alevosamente acudieron por armas al parque; pero éste se hallaba ya tomado, de modo que murió cuanta gente se asomó al campo, cayendo los que pudieron dispersarse en manos de los de la Lealtad, que los asesinaron ó los robaron indignamente. Al mismo tiempo cayó tambien sobre una gran porcion de vecinos de ambos sexos que aguardaban en la puer-

ta de tierra la llegada de los de la Isla, un destacamento de caballería, que acuchilló y persiguió á aquellos ciudadanos pacíficos hasta empujarlos sobre la infantería, que los recibió á fusilazos, ayudando desde la muralla las milicias de Bujalance á completar el estrago. Estos asesinatos espantosos duraron hasta las tres de la tarde, pero aun despues continuaron recorriendo las calles partidas de aquellos facinerosos, llevando una de ellas dos violentos, y saqueando algunas casas y establecimientos públicos.

Durante la refriega, parece que el general en jefe habia sido retenido en su casa, y obligado á dar órdenes revocatorias de las del día anterior, y tal se dice que era su situacion cuando llegó á la plaza el general Ferraz, jefe del Estado mayor. Este pasó á ver al general Freire y le facilitó salir de la plaza, á pesar de las dificultades que se ofrecian; y volviendo al puerto de Sta. María en la noche del diez, mandó que se suspendiese la jura de la Constitucion; pero esta orden era tardía, pues los dos regimientos de infantería de Valencey y Soria y el de dragones del Rei habian ya jurado en Jerez, y la segunda division de infantería en Chiclana, sin ser dado á ningun poder humano sofocar los sentimientos constitucionales, que se habian manifestado muy abiertamente. Galiano, Arco Agüero y otros que habian ido de la Isla escaparon milagrosamente, refugiándose en casa de D. José Morel, de donde se dice que fueron despues trasladados á un castillo. Los muertos del 10 fueron 426, y hasta 900 los heridos, de que despues han perecido muchos.

Durante todo el día 11 hubo fermentacion en el ejército y vacilacion en la autoridad, pero sin mas ocurrencia notable que un motin de los dragones del Rey, que abandonando á sus gefes y oficiales se marcharon de su canton, matando á un alférez que intentó oponerse á su voluntad. En Cádiz hubo tambien una ú otra desgracia.

El 12 llegó el Real decreto del 7 en que S. M. declaraba haberse decidido á jurar la constitucion, y esto unió y tranquilizó al ejército en algun modo, pero no totalmente, pues vistas las órdenes y contraórdenes anteriores y los asesinatos de Cádiz, todo el mundo manifestaba una desconfianza justísima.

El 13 y 14 continuaba Cádiz siendo víctima de una tiranía militar espantosa, y de los furores de una soldadesca brutal. El pueblo de aquel antiguo baluarte de la libertad española engañado de un modo inaudito no respiraba mas que sangre y venganza. Del general Freire se decia en el cuartel general que se preparaba á marchar contra el Conde del Abisval; pero es verosímil que ni para esa empresa, ni para otra alguna tenga el general Freire en lo sucesivo un solo soldado con quien contar.

Tal es el resumen de los acontecimientos de Cádiz, de que los diarios de aquella plaza sujetos á una censura inquisitorial, no hablan una sola palabra. Los hechos, que hemos cuidado de referir con la exactitud mas prolija, no señalan á los autores ó cómplices de aquellos horrores de un modo bastante circunstanciado, pa-

ra que nosotros los designemos ya á la animadversion pública y á la venganza de las leyes. Cartas muy respetables que tenemos á la vista hablan con una indignación profunda del general Campana y de la Junta de reemplazos; pero estas son quizá suposiciones, y es menester que el tiempo revele lo que puedan tener de real. En cuanto al general Freire, su conducta muestra á lo menos una debilidad, una incertidumbre, una fluctuación que han hecho á muchos dudar de la rectitud de sus intenciones, y bien que nosotros acostumbrados á presenciar grandes sucesos, y enseñados en la escuela de la adversidad á examinarlos con sangre fría, hayamos rehusado fijar nuestra opinión sobre esta materia, no podemos menos de creer, juzgando por los antecedentes conocidos, que costará trabajo al general justificar plenamente su conducta.

La indignación que ha causado en Madrid la noticia de los asesinatos de Cádiz ha penetrado desde los palacios de los grandes hasta los talleres de los artesanos: por todas partes el grito de la inocencia, vil y cobardemente inmolada, ha despertado los sentimientos generosos, que seis años de vergonzosa opresión habían sofocado en los pechos españoles, y no ha dejado de aumentar esta indignación la noticia de que el Real decreto de 7 de Marzo no llegó hasta el día 12 al Puerto de Sta. María, cuando hubiera debido llegar el día 10. Los horrores del 2 de Mayo armaron la España en 1808 contra las huestes formidables que la invadían; los del 10 de Marzo de 1820 la armarán también contra los asesinos que han teñido sus manos en la sangre de 500 de sus compatriotas. El gobierno ha despachado al coronel de artillería D. José Herrera Dávila, para enterarse, según se dice, de todas estas ocurrencias, y llevar al teniente general D. Juan O'Donoghú su nombramiento de general en jefe del ejército que estuvo á las órdenes del general Freire.

ARTÍCULO COMUNICADO.

Salus populi suprema lex esto.

Nadie duda que es absolutamente necesario convocar las Cortes, pero algunos hallan obstáculos para fijar el modo con que esto debe hacerse, porque no consideran que en el estado actual de cosas es preciso prescindir de algunas de las formalidades prescritas, por lo cual esta convocatoria ha de llamarse *extraordinaria*.

No hay quien ignore el modo con que fueron disueltas las Cortes en el año de 1814, ni las circunstancias que en el día hacen precisa su pronta y acelerada convocación. La constitución, en la cual no pudo preverse una situación como la actual, no prescribe el medio de remediar este trastorno, y así es indispensable suplir á este silencio de la lei, y pues es preciso y urgente, desviarse algún tanto de los términos constitucionales para evitar los males de la anarquía y del desorden, que acarrearía sin remedio la menor dilación en este punto.

Podría alguno objetar que no es lícito separarse un ápice del sentido literal de la constitución; pero para hablar así, sería menester suponer vigente en todas sus partes aquel sistema, cuando estamos muy lejos de hallarnos en tal caso. La constitución

ha de plantearse, pero no se halla planteada en el día. Todas las medidas que aceleren la convocación de cortes separándose lo menos posible del sentido de los artículos constitucionales, son las que exigen nuestra conservación, primera ley de todas las sociedades. La situación de las provincias bien conocida por sus proclamas es crítica y peligrosa, y lo será aún mas si se difiere un momento la reunión de los diputados y representantes del pueblo; y estas circunstancias exigen imperiosamente que al instante se convoquen las Cortes de un modo extraordinario, es decir, fuera del punto prescrito por la Constitución.

Pero si el actual estado de cosas exige una convocación de cortes extraordinaria en el tiempo y algún tanto en el modo, por no existir la diputación permanente, no creo á pesar de ello que deban ser cortes extraordinarias las que se convoquen en el día. El pueblo todo aclama á una voz la *Constitución* del año 12; pero registrándola y medirla, se vendrá en conocimiento de que no pueden ser extraordinarias las presentes. En el cap. 11 se señalan los tres casos en que deberán ser convocadas las extraordinarias, y ninguno de ellos es aplicable á nuestro estado actual, además de que hallándose resuelto por el artículo 163, que las cortes extraordinarias no entiendan sino en el objeto para que hayan sido convocadas, esta limitación haría inútil la celebración de las próximas cortes, que no habrán de reunirse para un objeto determinado, sino para poner en plena ejecución lo dispuesto por nuestro código fundamental.

De aquí podría inferirse que deberían componerse las de ahora de los mismos diputados de las últimas; mas el grito actual de la nación acusa á los representantes que dieron su voto particular como si fuese el de sus provincias, y clama haber desmerecido su confianza los que se valieron de la seducción y de la fuerza en apoyo de la minoridad que componían. Esta consideración unida á la de haber fallado en estos seis años muchos individuos, y á hallarse otros en América ú otros países, disminuye de tal modo el número de representantes, que no creemos aventurado decir que con dificultad quedaría un residuo de 30. Debe también tenerse presente que en estos seis años que han transcurrido han adquirido el derecho de voz activa y pasiva infinitos ciudadanos que quedarían privados en el día de representación si se incurriese en el error de formar estas cortes con los diputados de 1814. Así pues, es preciso que los pueblos elijan de nuevo, y den su voto libre á otros representantes, ó confirmen el ya dado para que no valga el anterior á los que abusaron de él. De este modo el pueblo libre en su voluntad podrá reelegir á los que fueron fieles, á ella y reemplazar á los que fueron víctimas de la intriga, y desechará á los que le engañaron. Este creo ser el medio mas fácil y expedito de apartarse lo menos posible de la constitución, dejando al pueblo la mayor libertad para expresar su voluntad.

Los americanos, iguales á nosotros en derechos, deben ser convocados; pero á esta convocación se oponen mayores obstáculos que á la de la península, porque hay una necesidad absoluta de prescindir en algún modo del tiempo y forma de hacer sus elecciones. Para sacar á la nación del presente conflicto, no hai otro arbitrio que ó admitir á los elegidos de aquellas provincias que se hallen en la península, con esclusión de los que hayan sido infractores del art. 172, ó formar una junta de americanos que autorizada reciba los votos de todos los que se hallan en España, de cuya reunión y mayoría resulte el número de diputados suplentes que se señale por representación provisional interior vienen los propietarios. — *Valentin Ortigosa. Pbro.*

En la oficina de D. Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M.